

Grandeza y Tragedia del Sistema Bismarckiano: un análisis estructural

*Lic. Guzmán Castro**

La Historia es una de las principales disciplinas de donde se alimenta el estudio de las relaciones internacionales. Por ende, abstraerse momentáneamente de la actualidad internacional y abocarse al estudio de épocas anteriores relevantes para el estudio de la naturaleza de las relaciones internacionales, constituye una herramienta invaluable y un siempre desafiante ejercicio intelectual. El presente trabajo pretende analizar el sistema europeo de finales del siglo XIX y, en ese marco, intenta revisar algunas convenciones comunes y presentar argumentos sugerentes que permitan pensar el tema de estudio desde nuevas perspectivas.

En 1871, de la mano de *Otto Eduard Leopold von Bismarck*, la nación alemana pasa a ser un referente político real: la Alemania unificada será un “estado-nación”. La grandeza del “Canciller de Hierro” es incuestionable, y válida tanto para el ámbito doméstico como para el internacional. En cuanto a las políticas concernientes al estado alemán es suficiente, a nuestros efectos, con señalar que a través de una diplomacia militarista, que llevaría a tres guerras consecutivas, logró la unificación de Alemania en un lapso menor a diez años. En el plano internacional, el surgimiento de un sistema que sería posteriormente identificado con su nombre demuestra la importancia de Bismarck en la política internacional.

La hipótesis central de este artículo es que, si bien la genialidad diplomática de Bismarck mantuvo al continente estable -(o, mejor dicho, aparentemente estable)- y en paz por un período relativamente prolongado, las características intrínsecas del sistema eran problemáticas. En efecto, sus principios terminarían generando una mecánica perversa, con implicaciones directas en el fin del largo período de paz del siglo XIX y en el comienzo de las *guerras totales* -(tomando el término de Aron)- del XX. A su vez, se restará importancia a los recurrentes argumentos sobre los efectos de los cambios en la dirigencia estatal para centrarse en causas estructurales.

La idea comúnmente aceptada de que la época del “sistema bismarckiano” fue un período de estabilidad y paz entre las naciones europeas es difícil de refutar. Además de la evidencia empírica, esta noción se sustenta en el hábil manejo de la diplomacia continental que ejerció el Canciller alemán. También conocido como el padre de la *Realpolitik*, Bismarck entendió, como un experto jugador de ajedrez,

los intereses de las naciones europeas y los encauzó en base a una premisa irrenunciable: *el aislamiento de Francia*. El estadista prusiano veía a Francia como su antagonista natural y la “*revanche*”, por la humillación de la toma de Alsacia y Lorena, era una cuestión de tiempo. Las alianzas y movimientos alemanes en el período son iniciativas para que todas las potencias se posicionaran más cerca de Alemania que de Francia. Los arreglos que surgen de estas premisas son: la “*Liga de los Tres Emperadores*” (que data de 1873 y establecía un acuerdo militar germano-ruso y un mecanismo de consultas tripartitas entre Austria-Hungría, Rusia y Alemania en caso de conflicto); la “*Dúplice*” de 1881, con Austria que era un segundo acuerdo de los *Tres Emperadores* que aseguraba, nuevamente, la neutralidad rusa en caso de conflicto con Francia y, por último, en 1882, la “*Triple Alianza*” entre Alemania, Austria e Italia, concebida, nuevamente como una coalición anti-francesa.

Resulta apropiado adoptar un enfoque holístico para entender el funcionamiento del “*sistema bismarckiano*”. Una vez en el poder, Bismarck logra minar, y finalmente destruir, el orden surgido del Congreso de Viena y termina con el período conocido como el “*sistema Metternich*”. Del análisis comparativo entre ambos surgen algunas ideas para la mejor comprensión de la nueva noción de estabilidad en el “*sistema bismarckiano*”.

El sistema estructurado en Viena se basaba en tres principios comunes. A grandes rasgos, las ideas que unían a los estados eran: “*restauración*”, “*legitimidad dinástica*” y “*solidaridad*”. El principio de “*restauración*” nace como planteo antagónico al republicanismo liberal de la Revolución Francesa. Se pretende volver atrás e impedir que este fenómeno se repita. La *legitimidad dinástica* está muy vinculada con el punto anterior y supone la aceptación de las monarquías como único tipo de gobierno legítimo. Por último, la *solidaridad* presupone un accionar conjunto ante eventuales desafíos a las monarquías. Es decir, los problemas de una de las monarquías, se transformaban inmediatamente en problemas de todas las monarquías europeas. Por tanto, las potencias europeas, incluida la reciente derrotada Francia, van a intentar actuar con relativa homogeneidad en base a los principios mencionados. La mecánica que estipula este *modus operandi* supone gran estabilidad y baja incertidumbre.

La estructura de la Europa imaginada por Bismarck no funcionaba en base a esos principios ordenadores -(o lo que Henry Kissinger llamó “*legitimidad común*”)-:es más, la Alemania de Bismarck nace en *contraposición* a estos preceptos.

En primer lugar porque la propia unificación de Alemania es hija de la puesta en marcha del principio de las nacionalidades. Y esta reivindicación histórica de *la nación*, de manera distinta, pero al mismo título que el liberalismo, representa una reacción a la ya anacrónica lógica de la “*restauración*” y de la “*legitimidad dinástica*” reivindicadas en Viena. El Canciller alemán destruye la mecánica del concierto de Metternich y estructura un sistema que se apoya, exclusivamente, en

el *poder puro*. No existen valores u objetivos comunes que estabilicen y hagan más predecible al sistema. Así, a través de los acuerdos mencionados supra, Alemania busca, y consigue, aislar a Francia en el balance de poder europeo. En este esquema los estados actúan por supuestos intereses de seguridad a corto plazo y en relación a su interacción con Alemania.

La flexibilidad que se podría esperar de este sistema basado en la lógica de las naciones es engañosa. Más aún: es aquí que comienza tejerse el tipo de alianzas rígidas que, llevadas al paroxismo, serían finalmente las desencadenantes de la 1era Guerra Mundial. Siendo el aislamiento de Francia el núcleo del sistema, en el momento en que alguna de las potencias se distanciara de Alemania, automáticamente surgirían dos bloques antagonistas -uno en torno a Alemania y, el otro, alrededor de Francia. Esta situación era inevitable. Alemania estaba caminando a transformarse en la potencia hegemónica europea y, en un sistema de poder desnudo, algún otro poder sería estructuralmente generado para balancear a la creciente potencia centroeuropea.

Por último, todo análisis estructural debe identificar el posicionamiento de los estados más poderosos del sistema. Es decir, los polos y la distribución de poder entre ellos. En el caso del “*sistema bismarckiano*” sería válido hablar de cinco potencias, teniendo una de ellas potencialidad para la hegemonía: Alemania. Tomando la tipología de sistemas de la escuela neorrealista este sería un *multipolarismo desequilibrado*, por tanto, y desarrollando el argumento, la Europa de fines del siglo XIX era “*el peor de los mundos posibles*”. El pesimismo radica en los altos grados de incertidumbre en las relaciones y la mayor dificultad para manejar alianzas y equilibrios sumamente complejos.

Volviendo a la premisa central del trabajo, la inestabilidad y la posibilidad de conflicto eran inherentes al sistema. No se debe entender por esto una especie de determinismo histórico, pero, efectivamente, la estructura era propensa a la tensión y favorecía una lógica de conformación de bloques antagonistas. Quizá se podría argumentar que la partida de Bismarck en 1890 aceleró este proceso; que él habría logrado mantener a las potencias en torno a Alemania y enfrentadas a Francia, aunque, hoy sabemos, que hubiese profundizado una lógica de “*tapar agujeros*”. Por ello, la premisa central resiste, el “*sistema bismarckiano*” se dirigía por razones estructurales hacia la ruptura sin importar las peculiaridades individuales de las dirigencias estatales.

El caso del “*sistema bismarckiano*” no resulta fácil de relacionar con el contexto actual; las diferencias entre el mundo de fines del siglo XIX y el de principios del XXI son abismales. Aun así, el *método* de estudio utilizado puede ser revelador. Si los resultados del análisis poseen algún poder explicativo, no sería descabellado afirmar que la estructura es una variable tan, o incluso más, importante que el estudio de los factores domésticos o la toma de decisiones en política exterior, entre otros. En conclusión, al estudiar un fenómeno internacional contemporáneo, deberíamos recurrir al análisis de la estructura porque, de no ser

así, dicho análisis corre altos riesgos de resultar siempre incompleto.

.- Sería ilusorio argumentar que la salida de Bismarck como Canciller y la nueva conducción diplomática de Guillermo II, con su estrategia de *Weltpolitik*, no tuvieron consecuencias sobre la interacción entre las naciones. Pero este es sólo un aspecto de la situación –no el más importante- y no entra en un análisis estructural que busca las respuestas en el sistema de estados y sus procesos de interacción, relativamente independientes de los estadistas que pudiesen dirigir sus políticas.

.- En reconocimiento al rol jugado por el Príncipe von Metternich, Canciller de Austria desde el período final de la Revolución Francesa hasta 1848.

.- Recuérdese que Gran Bretaña tenía un papel de *offshore balancer*. Participaba del equilibrio de poder en las raras ocasiones en que su interés inmediato se veía amenazado.

.- **WALTZ, Kenneth. *Teoría de la Política Internacional*.** Grupo Editor Latinoamericano. Buenos Aires, 1988. P. 249.

.- Tanto para K. Waltz como para J. Mearsheimer el “mejor mundo” deviene de la existencia de un sistema bipolar con armas nucleares, donde la incertidumbre se reduce y claramente los equilibrios son menos complicados.

.- Ruptura que logró rápidamente Guillermo II cuando, en 1894, tan sólo a cuatro años de la partida de Bismarck, se declina el pedido de Rusia de ratificar la alianza de los Tres Emperadores: automáticamente, se firma la Alianza Franco-Rusa.

*Lic. en Estudios Internacionales, Univ. ORT – Uruguay
Candidato a la maestría en Estudios Internacionales,
Univ. Torcuato Di Tella
Buenos Aires*